

Cuadernillos de poesía Colombiana



Baltasar Uribe Isaza

ESTUDIO Y SELECCION DE RENE URIBE FERRER

Ediciones de la revista "Universidad Católica Bolivariana"

Baltasar Uribe Isaza

No es esto un ensayo de crítica sino temblorosa evocación del compañero muerto. Su poesía no podemos mirarla con la apolínea serenidad que se exige para la contemplación de la obra de arte sino como el reflejo y la perpetuación terrena de un alma a la que nos unió la amistad.

Murió a los veintitrés años, pero dejó una producción rítmica relativamente numerosa para tan corto lapso, y, sobre todo, de lograda selección estética. Ya Séneca escribió a Lucilio que la vida no se mide por su duración sino por su fecundidad. La obra de Baltasar, conocida hasta ahora sólo por una minoría de sus amigos, pues rehuyó casi toda publicidad, lo consagra como el más completo de los poetas antioqueños de su generación.

Desde la adolescencia su mirada captó ávida toda belleza sensible. Mientras las obras de los grandes maestros eran absorbidas por su inteligencia. Y se comprende así el fondo de su producción temprana, toda luz, color, matices tenues, sobre la cual aletea la influencia del mágico Rubén. Rápidamente sin embargo se va perfilando su personalidad estética. Lejos de estrecheces de retórico y de algarabía revolucionaria, su poesía tendrá de lo clásico, la serenidad; de lo romántico, un sentimiento subyacente y una inconformidad ante el prosaísmo vital; de las escuelas modernas, ese refinamiento, esa selección verbal, esas coloraciones medias que la caracterizan. Pero no habrá ninguna influencia especialmente marcada. La originalidad, lo único que hace perdurable una obra, vibra acorde con los compases de su ritmo.

En la selección que aquí aparece, se encuentran sonetos como **Manchega**, **La ceguera del mármol**, **El santuario del arte** de límpida orientación parnasiana. Trabajos de fuertes rasgos, esculpidos antes que sentidos. Se imponen a la imaginación con los caracteres de lo real. En cambio cantos de más aliento como **Albatros**, **Marcha en el viento**, son fruto de una inspiración que careció de los arrebatos de la musa romántica, pero dotada de una sensibilidad nutrida en los zumos de la naturaleza y ducha en las sutilezas de un delicado simbolismo.

Rara vez pulsó la lira heroica. Sin embargo los dos sonetos a **La muerte del guerrillero** son un brioso cuadro épico que recuerda las férreas estrofas de Chocano. Y cuando la epopeya española resucitó los días fulgurantes de la cruzada, arrebatado por la gloria cantó el ímpetu de los requetés, el heroísmo de los cachorros de Toledo "que se nutrieron con leche de leonas", la resurrección de los varones de la reconquista. Esta composición **Arriba España!** es ya verdadera obra maestra. Escuchemos el timbre marcial de sus estrofas:

Falange de las cinco flechas y el reglo yugo,
requetés de don Carlos y Navarra la fuerte
que disparáis tranquilos el postrero cartucho
con un...: Viva la muerte!

Aviadores que vais en pájaros de acero;
marineros que veis en mástiles erguidos
la bandera del rey; legiones de Marruecos
de alma y cuerpo curtidos;

hidalgos aristócratas que al lado del obrero
coqueteáis con la muerte; madres que hacéis la guerra
con un burdo rosario y un crucifijo viejo;
ángeles de la tierra

de toca blanca y manos con bálsamo y aceite;
monjes que vais sembrando la bíblica semilla
y que os encapucháis de austeros penitentes
la "noche de Sevilla"...

Atlántida es ya una culminación. Profundo símbolo esotérico que recorre las etapas de la vida. El amor, los recuerdos, el tedio, los presentimientos, se deslizan entre sus rítmicos alejandrinos. Y concluye con visión tranquila y consoladora de la muerte, la que no aparece como el duro fracaso de los ímpetus vitales sino cual luminoso vuelo hacia el reino de Dios. De idéntica tendencia es la titulada **Jardines**, triunfo de la alegría sobre las lágrimas; cristiana concreción de la vida.

Fue todo un poeta. Y su obra tiene la garantía de lo perdurable pues refleja un alma que amó, soñó y vivió.

Fue un amigo. Los que lo tratamos en la Escuela de Derecho no olvidaremos su charla siempre ágil, y nunca manchada por el golpe bajo; su don de consejo; su alegría desbordante y comunicativa.

Fue un hombre. Favorecido por la inteligencia y la fortuna, nunca se entregó a la molicie. Sabía que la vida es acción y responsabilidad y que el mayor heroísmo es el dominio de la propia voluntad. Y soñaba con el triunfo cuando escuchó el llamado de Dios.

Y fue ante todo un cristiano. Su trayectoria moral es claro ejemplo del milagro de la gracia sobre esta pobre naturaleza humana. Nunca tuvo que inclinar la frente bajo la vergüenza o el remordimiento. Su alma no se apartó nunca de la senda que el Calvario iluminó de sangre.

El poeta ha muerto. Guardemos silencio. Su alma goza de las claridades eternas, mientras el cuerpo descansa, esperando el sonido de la trompeta que le ordene alzarse el día del segundo advenimiento.

René URIBE FERRER

Albatros: ave sin rumbo

En el bar costanero. Los borrachos marinos
improvisan endechas a las aguas verdosas,
al amor, a las jarcias, a los ácidos vinos
y a los puertos cenizos y a las radas brumosas.

Un olor a mariscos se destrenza en el aire.
Los toneles de sidra desaprietan sus grifos.
Los bramantes sugieren complicado desgaire
y la sucia barraca
de maderas de abeto
uno o dos monigotes, dos o tres logogrifos
y un montón de iniciales, en sus mesas destaca
comentando una pena, revelando un secreto.

Roncan ya los grumetes.

Pita un barco

El tostado

timonero, de carne color pulpa de níspero,
en la caja con sellos de Bombay y de Fez
se halla, ahora, sentado
y embriagado en cerveza amarilla y encarnado jerez.

Improvisa:

—Timonero? Capricho del destino. Mil gutas
ha cortado mi barco majestuoso y altivo.
Mi timón ha domado las marafias hirsutas
de ciclones reacios
y he ganado el arribo
sin temer de perderme los azules espacios.
Y conozco el camino de los barcos. La vía
de los vientos que rasan la cangreja y el mástil...
Y al final de mi día,
ni en borrasca, ni en calma,
manejar he podido el timón de mi alma.

Tal vez, mi alma aburrida de mi pobre cabeza,
al llegar a cubierta los albatros sin rumbo,
quizás dando algún tumbo,
se zafó... y en albatros
neurasténico y triste
se trocó.

Y aventadas

las migajas de sobras engulló con los nuevos
camaradas. Y en busca de marítimos Febos
se me fué con el vuelo de las otras bandadas.

El santuario del arte

Las cuarteadas hojas de la mística puerta
se han abierto.—Que pasen los poetas tranquilos
a desgranar sus cantos como gruesos berilos,
entre la regia nave de la casa desierta.

Que los poetas traigan su magnífica oferta
de racimos maduros, o de ramas de tilos
o de plumas trenzadas, o de crisoberilos,
para vestir el ara dismantelada y yerta.

Las argentinas lámparas del santuario no alumbran
y las nerviosas llamas azules no relumbran
empapando la sombra con su luz escarlata.

Entrad, entrad poetas. Poned globos de fuego
sobre los lampadarios, que verterán su riego
de diamantes en polvo con burbujas de plata.

La ceguera del mármol

De neta arquitectura renacentista, era
el señorial y adusto salón deliberante.
Pero dijeron todos: hace falta incesante
un mármol: la Justicia, toda ciega y austera.

Para escoger la estatua más hermosa y severa,
a una escultera joven, de mérito bastante
—y de mirar bandido, brujo y desconcertante—
los calvos magistrados nombraron por vocera,

Ella pasó, por todos los estudios, repletos
de bustos y de mármoles y de símbolos quietos,
sin gustarle ninguno. Cuando ya su esperanza

moría, una Justicia soberbia le mostraron;
quiso palparla... entonces sus pupilas notaron
que a su roce temblaba la confusa balanza.

Camino de Betania

Llovía. El ágil manto de Jesús el Profeta
enredaba las gotas de la llovizna prieta.
El cielo, tinto en ocre, mojaba la Betania,
a veces con caricias y a veces con insania.
Y Jesús, en la tarde brumosa, entumecida,
era como una aurora inadvertida.

Doblaba
un recodo poético que la senda quebraba
cuando sus dos pupilas calcaron con ternura
de un tostado edificio la vieja arquitectura.

En sus pétreos dinteles asentó sus sandallas
que ateridas de barro, movieron represalias
sobre los pavimentos tibios de la serena
mansión donde habitaba María Magdalena.

—Señor, entra en tu casa!—gritó la Pecadora,
largando de sus manos la cesta incitadora,
apretada de higos y racimos de uvas
y volcando a su paso dos metálicas cubas,

Noté que mi castillo gustaba tu presencia,
al ver en los pasillos audaz fosforescencia.
En el diván reclínate. Presto volverá Marta
que se fue por el vino. Lázaro, mientras se harta
la tierra de llovizna, dejará su camello
que en el establo lance fatigado resuello.
Y pronto llegará.

Solemnemente,
sentóse el Nazareno; y sentóse a su frente
la antigua cortesana, que aún llevaba en sus rizos
topacios capilares de encrespados hechizos;
en sus tersas mejillas—venusinos manojos—
la grata periferia de los dátiles rojos;
y en sus curvas—problemas de tiernas geometrías—
el más esbelto cántaro de las orfebrerías.

A platicar pusieronse Jesús y Magdalena.
Mentaron en parábola sembradores de avena,
enzarzados caminos que eran como crisolés
donde los cuervos negros se cambiaban en soles.

Y después de un silencio cuajado de dulzuras,
en que el amor divino tejía brocaduras
en el alma lavada de aquella arrepentida,
se oyó como una música:

—Maestro, y en la vida
de los futuros hombres, cuando a tu reino vuelvas
y tu luz no brillante sótos, prados y selvas,
qué será del hastiado de vinos y joyeles;
de damascos y esclavos; de pasión y laureles,
que cancele su ruta de pecados, y quiera
caminar por la ruta verdadera?....
Pobrecitos los hombres que en sus ansias eternas
no encontrarán el agua de tus limpias cisternas!

—Mujer: para los hombres que han de trotar los siglos
en que Roma no sea sino muertos vestiglos,
aquel que una vez dijo, a quien mucho había amado,
que perdonado estaba su contrito pecado,
estará para aquellas futuras Magdalenas,
igual que en el presente, para extinguir sus penas.

....Y el mismo que a Betania llegó por el camino,
llegará hasta los hombres por la Hostia y el Vino.

Marcha en el viento

El vendaval desgaja los tilos, La redonda
y azul cara del cielo
se emboza un antifaz de nubarrones....

Vuelo

de atónitas cornejas que huelen la borrasca....
Rumores en la fronda
arracimada y blonda,
por donde pasan grupos errantes de hojarasca.

Y como protestando de que el ciclón las marque
con pauta de tragedia,
tremolan cual banderas,
sonoras y agoreras,
las copas de los árboles....
Y ruedan las parvadas
de flores deshojadas
por entre los senderos románticos del parque....

En medio de los setos despedazados, viene
una silueta frágil de mujer:

es la dueña

del parque; y al quebrarse
los claros surtidores
entre sus rizos dejan las gotas de colores
tejiendo sugerencias de madrigal.

Es blanco

su traje audaz, que flota con visos de oriflama
disimulando el giro solemne de su flanco.
Es negra y vaporosa
su capa rumorosa
que bajo el vendaval es como un ala,
o como parda estela,
o como gonfalon de turbia gala,
o como bruja y palpitante vela.

Y como parda estela,
o gonfalon, o ala,
o palpitante vela
es su inquieta bufanda,
color de pipinela.
Sin añorar los rotos vallados de claveles
la dama soñadora y espléndida se ríe,

como agitando un cofre de magos cascabeles
al desatar su risa...

Y con los huracanes que baten los macizos
y amputan en los tilos la predilecta rama,
serena va la dama
de las flotantes gasas
y los mojados rizos.

(Cuando el destino malo con iracundia largue
sus escuadrones locos de negros torbellinos
sobre los buenos árboles
de nuestras ilusiones....

Por el rasgado parque voluble de la Vida
saldremos.... y al llegarse las tropas de ciclones,
con gesto palatino,
aventaremos—rudos!—el mosquetero guante,
que reta para el duelo soberbio y elegante,
mirando los floridos despojos del destino).

Manchega

Cuadrilátero envuelto por fruncidas arcadas.
En el centro la gárgola de la alberca musgosa.
Un naranjo que ofrece la oblación capitosa
de sus cien pebeteros: Sus naranjas doradas.

Dos estatuas de bronce de pecheras estriadas,
cuyas golas imitan granizada copiosa.
Un escudo apretado de cuarteles. Jugosa,
la ventana tupida de macetas moradas.

Y se oyen los murmullos de la crujiente seda
de la gentil menina, que al toque de la queda,
recamaba de pétalos un hidalgo chambergo.

Casi casi se escuchan los rancios paladines
entre los viejos patios, trenzados de latines....
en los claustros parece que vibra el tantum ergo.

La muerte del guerrillero

I

**—Retirada...!—prorrumpe por el belfo sangrante
el caudillo bizarro, contemplando su rota
hueste brava, que siente palpar la derrota
al empuje enemigo, tormentoso y tajante.**

**A la huida los lleva su reclamo gigante
de cobrar otro día la revancha. Y azota
su caballo, que sangre con espuma borbota,
y que fiero recorre la llanada vibrante.**

**Cuando cruzan el oro de un trigal amarillo
para exhausto el caballo; se desmonta el caudillo
y asombrado comprende que en un cerco de luces
está preso... Incendiaron el trigal...: que se encierra
en un círculo rojo... besa el potro... y en tierra
bellamente rebelde se desploma de bruces.**

II

**Agil, rojo y crispado va cerrándose el nudo
de las llamas golosas... Jadeante y rendido
el caballo recula, tiembla y bufa... Perdido,
echa inútiles coces al incendio tozudo.**

**Los pichones de pájaro que quedaron sin nido
aterrados modulan su chirrido menudo
al quemarse... Y el cuerpo del rufián corajudo
se comprime y agita por el fuego mordido.**

**Bota sangre el caballo por las anchas narices
y añorando la estampa de sus prados felices
se reclina en la hierba caldeada y confusa.**

**Y las últimas llamas pertinaces y arteras
devorando al caudillo, cual doradas banderas
parecían, de lejos, al arder en su blusa.**

Jardines

(Seda, Cristal. Mármol. Llamas).

Mi jardín de seda

En mi jardín de seda
tengo las flores suaves
de mis ingenuidades,
que son enredaderas
llenas de gajos pálidos.
En mi jardín de seda
refloran las caricias
en infantiles ramos...
Y mis dulzuras buenas,
y mis buenas sonrisas
y mis puerilidades,
retoman en las eras,
sencillas y filiales,
de mi jardín de seda.

Mi jardín de cristal

Y mi jardín alegre
de cristal... tiene flores
compañeras del viento:
los convulsos pregones
de mis cánticos jóvenes,
de mis jóvenes versos,
y los rubios acordes,
que se van alma adentro,
en mi huerto son flores
brillantes, en mi huerto
de cristal... Y es un pétalo
azul, el bello nombre
de la novia... Yo siento
que al reír gratamente
—con reír de campana,
o de alondra, o de fuente—
a mi risa jovial,
se tachona de flores
mi jardín de cristal.

Mi jardín de mármol

En mi jardín de mármol
tengo flores de todos
los colores:

Doradas
que son mis ilusiones
de poeta.... y hay blancas
como nieve, con venas
azules... mis ensueños,
mis ensueños devotos,
como un lago serenos,
serenos como un lago.
(Ya tengo en mi florado
jardín fresco de mármol,
unos cuantos racimos
desgajados....) Mas tengo,
de mañana a mañana,
los reventares nuevos
de capullos ufanos
sobre todos los setos
de mi jardín de mármol.

Mi jardín de llamas

Y mi jardín de llamas
brota corolas místicas....
Oprimiendo sus ramas
se apretujan los cálices
de mis flores divinas.
Y mi fe, que es un árbol
de luz, se rompe en copos
de adoración.

Señor:

cuando Tú vengas,
en cosecha del fruto
de mi jardín de llamas,
de llamas evangélicas,
me doblaré en el suelo
como un viejo profeta
de tu Biblia.

Y entonces
te ofreceré en mis manos,
lo mejor de mis huertos:
mis racimos de mármol,
de cristal y de seda.
Y al hacerte mi entrega,

con tus llamas violentas
devorarás las sedas
de mi jardín de seda;
y tu fuego voraz
dejará sin cristales
mi jardín de cristal;
y tu incendio cristiano
reventará los mármoles
de mi jardín de mármol....

.....
De mis cuatro jardines
—Llenos de flores magas—
uno, tan sólo uno
quedará:

 Será el tuyo,
Señor....será el de llamas!

Atlántida

MI alma es una isla fantástica, poblada
de exóticos nativos que son mis pensamientos.
Los más nobles descienden de vieja dinastía
y por caminos hondos, misteriosos y tersos
llegaron a la isla. Son éstos pensamientos
de clara jerarquía
a quienes doy el nombre de "Versos"....

Oh! los versos—señores de mi isla—aromados
con la esencia que emanan rosales y duraznos,
canelos, datileros y mirtos de mis bosques.

Oh! los versos—señores de mi isla—orquestrados
por orfeones líricos de gigantescos pájaros
que colgaron sus nidos en mis grutas insomnes.

Oh! los versos—señores de mi isla—embriagados
con vino de ciruelas y manzanas, sacado
en los lagares húmedos de mi isla sin nombre.

Oh! los versos—señores de mi isla.

Una isla.... mi espíritu.

El puerto de la isla
tiene un muelle de rubias maderas olorosas
que acoge todo barco que llega. Pero todos
despegaron el ancla y llenaron las velas
—entre la gritería de pilotos beodos—
sin contemplar ni un día de estadía!

Las lonas
redondas por el viento siguieron su camino
dejando solamente la tarjeta de un largo
recuerdo—que bien pudo ser florido o amargo—
así que fuera el barco de pirata o amigo.

Sin embargo, de esos que entraron en mi rada
hubo dos capitanes con sus tripulaciones
que amarraron sus naves al pie de la bahía
y entraron al recinto de la isla, conformes.

El que venía en una barca de pescador,
y vestía una túnica blanca de resplandor,
y conversaba en lindas parábolas divinas,
y que me dijo, amable: "Me quedaré en tu isla...
y estaré al mismo tiempo en todas estas islas
que hacen el archipiélago del espíritu",
y se quedó conmigo.... Era el Cristo.

El otro era una alegre capitana. Reía
—mientras un viento niño sus rulos sacudía—
de pie, sobre la proa de su galera griega.
Con voz de azahares, dijome: "Traigo como marinos
al Rey David, a Homero, al Dante, a Benvenuto
de Florencia, a Cervantes, a Bach y a una nobleza
de artistas, con éstos que son mis viejos lobos.
Te bajarán mis gentes parte de mis tesoros
—palinsestos, medallas, libros y clavicordios—.
.....
y volveré a menudo a tu playa lejana.
Yo soy la capitana la Belleza".
—Presente....
Capitana!—

Y fueron descendiendo esos raros marinos
con los brazos cargados de lienzos y de libros,
y de trozos de mármol y medallones místicos,
y cantos, enjaulados en pentagramas líricos.

Deliciosas fragatas "con nombres de mujeres",
hicieron ademanes de anclar pero no anclaron.
Si esquivas se fugaron, si de largo pasaron,
no importa nada...! Al menos mi isla perfumaron
—como si transportaran cargamentos de sándalo—
y allí se las recuerda por los atardeceres.

Hermosas almirantas de quince años...!

Las aves que vigilan la costa me dijeron
—"Barca a la vista!" ... Rítmica, fatigaba sus remos,
y al moverlos temblaba su melena trigueña,
la más bonita y ágil entre las marineras.
Pero cambió de rumbo....

Y fue un punto....
allá lejos.

Qué bien vivo en mi isla florecida de nardos,
encendiendo fogatas para orientar los barcos.
Dando almendras y dátiles a la murga de pájaros
que vigila mis quietos litorales románticos.
Y qué bien en mi isla, sonora de canciones,
contemplando el desfile de las cuatro estaciones.

**Éste allí un calendario misterioso y extraño,
las estaciones duran de un día hasta un año
y llegan bruscamente, sin orden ni concierto
como, imprevistas, llegan las brisas a un huerto.**

Estío

**Verano es en mi isla recordar cosas viejas.
Cuando madura el trigo y comienza la siega
me voy a una tranquila y fecunda pradera,
clavada en el pasado, donde se recolectan
espigas de recuerdos hermosos como estrellas.
Amarro las gavillas y lleno las carretas
que van a los molinos de mi isla poética,
donde se muele el pan que nutre mi existencia:
un pan hecho con trigo de recuerdos y ausencias.**

Verano es en mi isla recordar cosas viejas.

Otóno

**El otoño en mi isla son los presentimientos.
Es la ansiedad que brota de sucesos inciertos
y cosas por venir. Su símbolo es el viento
que arrodilla los árboles del palmar y el viñedo
y que es una promesa de tempestad. El viento
que va sobre sus huellas en dócil seguimiento
de hojas, y semillas, y plumajes y pétalos
como la gente al paso de un profeta. Presento
en esa fuga de hojas, y plumajes y pétalos:
árboles desvestidos de su túnica; muertos
pájaros; deshojados racimos en los huertos.**

El otoño en mi isla son los presentimientos.

Invierno

**La estación del invierno en mi isla es el tedio
que barniza de blanco mi isla. Por su hielo
lanzo a rodar en forma de pálido trineo
todos mis sueños rotos. Acarreando el trineo
trota mi vida que es un antilope negro.**

La estación del invierno, en mi isla, es el tedio.

Primavera

**La primavera llega con la alegría. Clara
primavera de júbilo de mi isla enigmática.
Brilla la nube y ríe la fuente tibia y diáfana.
Son perfume y azúcar las flores que se cuajan
de abejas y de avispas. Mi dicha es la fontana
que al sonar en las piedras, vibra como guitarra
salvaje. Mi optimismo semeja las granadas
que se rajan—sangrientas—de puro sazonadas.**

Primavera: alegría de mi isla fantástica.

**Algún día futuro se borrará la isla....
Cuando de la mañana su primer beso de oro
a la flor del manzano, o en una atardecida
cuando el sol desemboque por entre las colinas?
Quién sabe! Pero un día se borrará mi isla.**

**La muerte llegará como un tifón salvaje
arrollándola toda. Levantará en sus bosques
opacas marejadas de tallos y follaje.
Caerán las dulces frutas y morirán los pájaros.
Se doblarán los trigos igual que los jardines.**

**Pero el tifón—la muerte!—no hundirá la isla:
la subirá en el lomo de sus alas terribles
hasta arriba, hasta arriba donde está el infinito
océano de Dios, que a cambio de islas, tiene
entre olas inmensas de milagro y de fuego
misteriosos planetas de predestinación.
Mi alma no será entonces isla de un archipiélago
sino estrella de oro de una costelación.**